

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

MARCOS

Tomos del *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento*

Mateo
Marcos
Lucas
Juan
Hechos
Romanos
1 y 2 Corintios
Gálatas, Efesios
Filipenses, Colosenses y Filemón
1 y 2 Tesalonicenses, 1 y 2 Timoteo, Tito
Hebreos y Santiago
1 y 2 Pedro, 1, 2 y 3 Juan, Judas
Apocalipsis

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

MARCOS

JOHN MACARTHUR



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Mark 1-8* © 2015 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Mark 9-16* © 2015 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Marcos* © 2016 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Ricardo Acosta

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “nvi” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®*, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “LBLA” ha sido tomado de La Biblia de las Américas, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, MI 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1568-5

1 2 3 4 5 edición / año 25 24 23 22 21 20 19 18 17 16

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Dedicatoria

A Chris Hamilton,

*hombre entre hombres,
amigo entre amigos,
y líder entre líderes.*

A Dave Enos,

*quien me ha oído predicar por más tres décadas y media.
Durante los últimos dieciséis años ha editado mis sermones
con cariño, esmero y fidelidad, y lo ha hecho con tan gran
cuidado y visión que pude usarlos en la conformación
de capítulos para los comentarios. Su aportación ha sido
un servicio muy valioso para mí y para los lectores.*

Contenido

Prólogo.....	9
Introducción	11
1. Precursor del nuevo Rey (Mr. 1:1-8)	19
2. Significado del bautismo de Jesús (Mr. 1:9-11)	33
3. Autoridad de Jesucristo (Mr. 1:12-20)	43
4. Autoridad del divino Rey (Mr. 1:21-28).....	56
5. Poder del reino (Mr. 1:29-39)	68
6. El Señor y el leproso (Mr. 1:40-45)	78
7. Autoridad de Jesús para perdonar el pecado (Mr. 2:1-12).....	88
8. El escándalo de la gracia (Mr. 2:13-17)	99
9. Carácter distintivo y exclusivo del evangelio (Mr. 2:18-22)	111
10. El Señor del día de reposo—Primera parte (Mr. 2:23-28)	121
11. El Señor del día de reposo—Segunda parte (Mr. 3:1-6).....	131
12. Resumen profundo de Marcos del ministerio de Jesús (Mr. 3:7-19)...	141
13. Jesucristo: ¿Mentiroso, loco o Señor? (Mr. 3:20-35)	152
14. Sobre terrenos y almas (Mr. 4:1-20)	165
15. Oyentes fructíferos (Mr. 4:21-34)	180
16. Jesús calma la tormenta (Mr. 4:35-41)	191
17. Poderes dominantes (Mr. 5:1-20).	202
18. Poder y compasión de Jesús (Mr. 5:21-43)	213
19. Asombrosa incredulidad (Mr. 6:1-6).....	227
20. Hombres comunes y corrientes reciben un llamamiento extraordinario (Mr. 6:7-13)	238
21. El asesinato del profeta más grande (Mr. 6:14-29).....	249
22. El Creador provee (Mr. 6:30-44)	260
23. Jesús camina sobre el agua (Mr. 6:45-56).....	270
24. Tradición que distorsiona las Escrituras (Mr. 7:1-13)	280
25. La verdad sobre la impureza humana (Mr. 7:14-23)	290
26. Alimento de la mesa del Maestro (Mr. 7:24-30)	299
27. Hablar o no hablar (Mr. 7:31-37).....	308
28. Proveedor compasivo (Mr. 8:1-10)	316
29. Ceguera espiritual (Mr. 8:11-26)	325
30. La suprema buena noticia y la mala (Mr. 8:27-33).....	338

31. Perder la vida para salvarla (Mr. 8:34-38).....	347
32. El Hijo revelado (Mr. 9:1-8)	357
33. ¿Cuándo viene Elías? (Mr. 9:9-13).....	364
34. Todo es posible (Mr. 9:14-29)	371
35. La virtud de ser el último (Mr. 9:30-41)	379
36. Discipulado radical (Mr. 9:42-50)	387
37. La verdad en cuanto al divorcio (Mr. 10:1-12)	395
38. Por qué Jesús bendijo a los niños (Mr. 10:13-16)	404
39. La tragedia de un buscador egoísta (Mr. 10:17-31)	412
40. Predicción del sufrimiento mesiánico (Mr. 10:32-34)	424
41. La grandeza de la humildad (Mr. 10:35-45).....	433
42. El último milagro de misericordia (Mr. 10:46-52).....	442
43. Falsa coronación del Rey verdadero (Mr. 11:1-11)	450
44. Solo hojas (Mr. 11:12-21)	457
45. Necesidades para la oración eficaz (Mr. 11:22-25).....	465
46. Confrontación sobre la autoridad (Mr. 11:27-33)	473
47. La piedra angular rechazada (Mr. 12:1-12)	481
48. Patología de un religioso hipócrita (Mr. 12:13-17)	490
49. Ignorancia bíblica en posiciones importantes (Mr. 12:18-27).....	498
50. Amar a Dios (Mr. 12:28-34)	507
51. Hijo de David, Señor de todo (Mr. 12:35-37)	515
52. La religión y sus víctimas (Mr. 12:38-44)	523
53. La sombría realidad de los últimos días (Mr. 13:1-13)	530
54. La tribulación futura (Mr. 13:14-23)	542
55. El regreso de Cristo (Mr. 13:24-37)	550
56. Actores en el drama de la cruz (Mr. 14:1-16)	561
57. La nueva Pascua (Mr. 14:17-26)	575
58. La agonía de la copa (Mr. 14:27-42)	583
59. La suprema traición (Mr. 14:43-52)	594
60. El fracaso total de la justicia (Mr. 14:53-65).....	603
61. La negación de Pedro: Advertencia sobre la confianza en uno mismo (Mr. 14:66-72)	613
62. Pilato ante Jesús (Mr. 15:1-15)	622
63. Escarnio vergonzoso de Jesucristo (Mr. 15:16-32)	632
64. Dios visita el Calvario (Mr. 15:33-41)	644
65. Cómo enterró Dios a su Hijo (Mr. 15:42-47)	654
66. Asombro ante la tumba vacía (Mr. 16:1-8)	662
67. Final perfecto para el Evangelio de Marcos (Mr. 16:9-20)	672
Bibliografía	683

Prólogo

Para mí sigue siendo una gratificante comunión divina predicar de manera expositiva a través del Nuevo Testamento. Mi objetivo es siempre tener un compañerismo profundo con el Señor en el entendimiento de su Palabra, y a partir de esa experiencia explicar a su pueblo lo que significa un pasaje bíblico. En las palabras de Nehemías 8:8, me esfuerzo por poner “el sentido” en las Escrituras para que las personas puedan oír realmente a Dios hablando, y que al hacerlo puedan a su vez contestarle.

Es evidente que el pueblo de Dios debe entenderle, lo cual exige conocer su Palabra de verdad (2 Ti. 2:15) y permitir que more en abundancia en nosotros (Col. 3:16). De ahí que la idea central de mi ministerio sea ayudar a hacer viva la Palabra de Dios a su pueblo. Se trata de una aventura reconfortante.

Esta serie de comentarios del Nuevo Testamento refleja el objetivo de explicar y aplicar las Escrituras. Primordialmente, algunos comentarios son lingüísticos, otros teológicos, y otros tienen que ver más con la homilética. En esencia, este comentario es explicativo o expositivo. No es lingüísticamente técnico, pero tiene que ver con la lingüística cuando parece ayudar a la adecuada interpretación. No es teóricamente extenso, pero se enfoca en las principales doctrinas de cada texto y en cómo estas se relacionan con toda la Biblia. Ante todo, no es homilético, aunque por lo general a cada unidad de pensamiento se la trata como un capítulo, con un claro esquema y flujo lógico de pensamiento. La mayoría de las verdades se ilustran y aplican con otras Escrituras. Después de establecer el contexto de un pasaje, he tratado de seguir de cerca el desarrollo y el razonamiento del escritor.

Pido a Dios que cada lector comprenda completamente lo que el Espíritu Santo está diciendo a través de este segmento de su Palabra, de modo que su revelación pueda alojarse en las mentes de los creyentes y así lograr una mayor obediencia y fidelidad para la gloria de nuestro gran Dios.

Introducción

“Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios” (1:1). Esas palabras iniciales del Evangelio de Marcos no solo declaran el propósito que hay detrás de su redacción, sino que podrían haber servido como su título original. Sin embargo, al igual que los otros tres evangelios, la obra se ha conocido en la historia de la iglesia con el nombre de su autor.

Marcos aparece varias veces en el libro de Hechos, donde se le presenta como “Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos” (Hch. 12:12, 25; cp. 15:37, 39). Era sobrino de Bernabé (Col. 4:10), y la casa de su madre en Jerusalén servía como lugar de reunión para la iglesia primitiva (Hch. 12:12). Como un hombre, según parece, joven, Juan Marcos acompañó a Pablo y Bernabé en su primer viaje misionero (Hch. 12:25; 13:5), pero los abandonó en Perge de Panfilia (Hch. 13:13). A causa de la falta inexcusable de Marcos, Pablo no quiso llevarlo en el siguiente viaje (Hch. 15:37-38). El asunto provocó tan fuerte desacuerdo entre Pablo y Bernabé que los llevó a separarse (Hch. 15:39). Bernabé se fue con Marcos a Chipre mientras Pablo se embarcaba en un segundo viaje misionero con Silas (Hch. 15:39-41).

A pesar de haber traicionado la confianza de Pablo en el primer viaje misionero, Juan Marcos se convirtió más tarde en un miembro valioso del equipo ministerial del apóstol. En Colosenses 4:10-11, Pablo pidió a sus lectores que recibieran a Marcos como uno de sus colaboradores “en el reino de Dios”, y que le había servido de “consuelo” durante su primer encarcelamiento romano (cp. Flm. 24). Unos años después, casi al final de su vida, Pablo pidió a Timoteo: “Toma a Marcos y tráele contigo, porque me es útil para el ministerio” (2 Ti. 4:11).

Es probable que Juan Marcos fuera restaurado al ministerio cristiano, al menos en parte, por el respaldo de Pedro, quien como dirigente de la iglesia en Jerusalén estaba relacionado con la casa de la madre de Marcos (Hch. 12:12) y pudo haberle conocido a través de ella. La amistad entre Pedro y Marcos fue tal que el apóstol se convirtió en una figura paternal espiritual para el joven, a quien se refirió como “mi hijo” (1 P. 5:13). Si alguien entendía el proceso de restauración después de un fracaso, era Pedro, quien fue amorosamente restaurado por Cristo después que lo negara tres veces (cp. Jn. 18:15-17, 25-27;

21:15-17). Es indudable que la influencia de Pedro ayudó a Marcos a vencer las debilidades y vacilaciones de su juventud, de tal modo que pudiera llevar a cabo fielmente lo que Dios lo había llamado a hacer.

AUTOR

Al igual que los otros tres evangelios, el segundo tampoco incluye el nombre de su autor. Sin embargo, el testimonio universal de la iglesia primitiva confirma que fue escrito por Marcos. El padre de la iglesia primitiva Papías de Hierápolis, escribiendo en algún momento entre el 95 y el 140 d.C., explicó que el contenido de Marcos provenía de los sermones de Pedro, observación coherente con la relación cercana entre ellos. Según Papías:

Marcos, que fue intérprete de Pedro, escribió con exactitud todo lo que recordaba, pero no en el orden preciso de lo que el Señor dijo e hizo. Porque él no oyó ni siguió personalmente al Señor, sino, como dije, después él siguió a Pedro. Éste impartía sus enseñanzas de acuerdo con las necesidades de los oyentes, pero no como quien va ordenando las palabras del Señor, más de modo que Marcos no se equivocó en absoluto cuando escribía ciertas cosas como las tenía en su memoria. Porque todo su empeño lo puso en no olvidar nada de lo que escuchó y en no escribir nada falso (Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, 3.39.15-16, [Barcelona: Editorial CLIE, 2008]).

El apologista del siglo II Justino Mártir (c. 100-165) describió de modo similar el Evangelio de Marcos como las “memorias de Pedro” y sugirió que fue redactado por Marcos en Italia. Dirigentes cristianos posteriores como Ireneo, Orígenes y Clemente de Alejandría, repitieron creencias afines. El historiador de la iglesia en el siglo IV Eusebio de Cesarea (c. 263-339) sugirió que Marcos escribió su evangelio a petición de los oyentes de Pedro:

La luz de la religión de Pedro resplandeció de tal modo en la mente de sus oyentes, que no se contentaban con escucharle una sola vez, ni con la enseñanza oral de la predicación divina, sino que suplicaban de todas maneras posibles a Marcos (quien se cree que escribió el Evangelio y era compañero de Pedro), e insistían para que por escrito les dejara un recuerdo de la enseñanza que habían recibido de palabra, y no le dejaron tranquilo hasta que hubo terminado; por ello vinieron a ser los responsables del texto llamado “Evangelio según Marcos”. Se dice que también este apóstol, cuando por revelación del Espíritu tuvo conciencia de lo que había llevado a cabo, comprendió el ardor de

ellos y estableció el texto para el uso en las iglesias (*Historia eclesiástica*, 2.15.1-2).

Cualquiera que fuera el catalizador específico que motivara a Marcos a escribir su evangelio, el testimonio uniforme de la tradición inicial afirma que él es su autor, y que tal vez escribió su relato mientras se hallaba en Roma para beneficio de los creyentes que estaban allí.

FECHA Y DESTINATARIOS

Los padres de la iglesia no están de acuerdo en si Marcos escribió su evangelio antes o después del martirio de Pedro. (Pedro fue asesinado bajo Nerón, aprox. en 67-68 d.C.). Por lo general, los estudiosos evangélicos contemporáneos ubican la fecha de la escritura antes del año 70 d.C., ya que la declaración de Jesús en 13:2 sugiere claramente que el evangelio fue escrito antes de que el templo fuera destruido. Aunque muchos eruditos modernos afirman que Marcos terminó su evangelio antes que los de Mateo y Lucas, posibilitándoles que lo usaran como fuente para los de ellos, esa aseveración es dudosa. (Para más información sobre ese punto, véase el análisis posterior). En consecuencia, la fecha de los otros evangelios no es determinante para establecer la fecha de Marcos. Con toda probabilidad, Marcos terminó su evangelio mientras acompañaba a Pedro en Roma (a finales de los cincuenta o inicios de los sesenta), o después de la muerte del apóstol (a finales de los sesenta).

A diferencia del Evangelio de Mateo, que se dirigió a una audiencia judía, o del Evangelio de Lucas, que fue redactado para un individuo específico (Lc. 1:3), Marcos se escribió para los creyentes gentiles de Roma. Está claro que la audiencia de Marcos no era judía, como lo evidencia el hecho de que traduce términos arameos (3:17; 5:41; 7:11, 34; 14:36; 15:22, 34); ofrece explicaciones a costumbres judías (7:3-4; 14:12; 15:42); omite ciertos elementos de interés particular para lectores judíos, como los registros genealógicos de Jesús; incluye menos referencias al Antiguo Testamento que los otros evangelios sinópticos; y calcula el tiempo de acuerdo con el sistema romano (6:48; 13:35). Que el evangelio fue escrito para creyentes en Roma lo evidencia en particular el uso de expresiones latinas en lugar de sus equivalentes griegas (5:9; 6:27; 12:15, 42; 15:16, 39), y la mención de Rufo (15:21), el hijo de Simón de Cirene y miembro destacado de la iglesia romana (Ro. 16:13). Tales detalles refuerzan las afirmaciones de los padres de la iglesia primitiva de que el Evangelio de Marcos fue escrito desde Roma para los creyentes de allí. Como registro histórico divinamente inspirado y exacto de la vida y el ministerio del Señor Jesús, el Evangelio de Marcos se ha mantenido como una profunda bendición para innumerables cristianos a través de los siglos y como un poderoso testimonio para el mundo incrédulo.

PROPÓSITO Y TEMAS

El objetivo de Marcos al escribir lo indica el primer versículo: dar a conocer el “evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios” (1:1). Dicho tema alcanza su punto culminante en la mitad de su obra de dieciséis capítulos. En 8:29, Pedro respondió a la pregunta de Jesús, “¿quién decís que soy?” declarando triunfalmente: “Tú eres el Cristo”. Esa confesión marca el punto doctrinal concluyente del Evangelio de Marcos. La narración anterior le prepara el terreno, y el relato posterior fluye de ese punto y le sigue preparando el terreno. Los ocho primeros capítulos demuestran que Jesús es el Cristo basándose en sus palabras autorizadas y sus hechos milagrosos; los últimos ocho se basan en la muerte expiatoria y la gloriosa resurrección. Pero todo se centra en la verdad fundamental que Pedro proclamó: Jesús es el Cristo. Es el Hijo de Dios y el Salvador del mundo.

Al examinar esa verdad, Marcos presenta a Jesús como el siervo sufriente (10:45; cp. Is. 53:10-12). Hace hincapié en la humanidad de Jesús, e incluye tanto sus emociones humanas (1:41; 3:5; 6:34; 8:12; 9:36) como sus limitaciones humanas (4:38; 11:12; 13:32), pero también resalta la deidad de Jesús como el Hijo de Dios (1:11; 3:11; 5:7; 9:7; 12:6; 13:32; 14:61-62; 15:39). La autoridad divina de Cristo se evidencia en su poder sobre los demonios (1:24-27, 32, 34, 39; 3:11, 15; 5:13, 7:29; 9:25), la enfermedad (1:30-31, 40-42; 2:11; 3:5, 10; 5:29, 41-42; 6:5, 56; 7:32-35; 8:23-25; 10:46-52), el pecado (2:10), el día de reposo (2:28; cp. 7:1-13), y las fuerzas de la naturaleza (4:39; 6:41-43, 49-51; 11:14, 20).

Marcos avanza rápidamente a través de gran parte del ministerio de Cristo, usando las palabras “y luego” (o *euthus* en griego) más que los otros tres escritores combinados de los evangelios. En consecuencia, a menudo deja de lado los largos discursos incluidos en los demás evangelios y tan solo ofrece extractos cortos. También omite el relato del nacimiento de Jesús, decidiendo comenzar con el bautismo del Señor y el inicio de su ministerio público.

Al igual que los otros escritores de los evangelios, Marcos tiene claramente un propósito evangelizador. La declaración del propósito del Evangelio de Juan también se aplica al de Marcos: “Éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Jn. 20:31; cp. 1 Jn. 5:20). A los pecadores se les manda arrepentirse y creer en el Señor Jesucristo (1:15), así como abandonar la falsedad de la religión hipócrita (cp. 2:23-28; 7:1-13; 12:38-40) a fin de seguir al Señor en obediencia sincera (cp. 1:17-20; 2:14; 8:34-38; 10:21; 15:41; 16:19-20).

LA PRIORIDAD DE MARCOS Y EL PROBLEMA SINÓPTICO

Puesto que los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) contienen semejanzas notables (p. ej., Mt. 9:2-8; Mr. 2:3-12; Lc. 5:18-26), algunos estudiosos modernos, que rechazan la verdad de la inspiración divina y por eso

tienen que explicar las similitudes en los evangelios, insisten en que debieron haberse copiado mutuamente. Los defensores de tal dependencia literaria por lo general alegan que Marcos fue el primero en escribir su evangelio, y que Mateo y Lucas lo utilizaron después como fuente para redactar sus relatos. Además, alegan que el material que aparece en Mateo y Lucas pero no en Marcos se deriva de un segundo origen llamado “Q” (el cual representa la palabra alemana *Quelle*, que significa “fuente”).

Una serie de razones rechazan la noción de la prioridad de Marcos y la hipótesis de las “dos fuentes” (es decir, que Marcos y Q fueron los dos orígenes usados por Mateo y Lucas). Primero, el abrumador testimonio de los primeros dieciocho siglos de la iglesia afirma que Mateo escribió primero su evangelio, no Marcos. Segundo, como testigo presencial apostólico de los acontecimientos descritos, Mateo no habría tenido ninguna razón para depender de alguien que no hubiera sido testigo presencial como sucedió con Marcos. Tercero, aunque Lucas investigó a fondo los recursos que tenía a disposición (Lc. 1:3), omitió una larga sección de material del Evangelio de Marcos (6:45—8:26), lo que sugiere que no estaba consciente de ese material cuando escribió su relato. Cuarto, hay importantes lugares en que Mateo y Lucas coinciden en contra de Marcos. Tales hechos no pueden explicarse de modo satisfactorio si tanto Mateo como Lucas dependieran de Marcos en la redacción de sus evangelios. Quinto, ninguna evidencia histórica se ha hallado alguna vez que verifique la existencia del supuesto documento Q. Sexto, las similitudes entre los evangelios sinópticos pueden explicarse mejor por el hecho de que estaban relatando los mismos acontecimientos históricos, por lo que coincidieron de manera natural. (El Evangelio de Juan se escribió después como complemento a los evangelios sinópticos, y por tanto se enfoca intencionalmente en material que los otros no incluyen). Además, la realidad de que Mateo, Marcos y Lucas giraran alrededor de los mismos círculos (entre los apóstoles y los primeros cristianos) y sin duda tuvieran algún contacto personal entre sí (cp. Flm. 24) hacen innecesarias las teorías modernas de dependencia literaria.

Al examinar a fondo la evidencia, se demuestra que, en realidad, no existe un problema sinóptico (cp. Eta Linnemann, *Is There a Synoptic Problem?* [Grand Rapids: Baker, 1992] y Robert L. Thomas y F. David Farnell, eds., *The Jesus Crisis* [Grand Rapids: Kregel, 1998], en especial los caps. 1, 3, 6). Lamentablemente, muchos evangélicos contemporáneos han rechazado el punto de vista tradicional con el fin de favorecer un documento Q imaginario y las especulaciones incrédulas de la erudición liberal. En vez de considerar las nociones escépticas de críticos superiores, los creyentes resultan más beneficiados cuando reconocen que el mismo Espíritu Santo inspiró a Mateo, Marcos y Lucas para que escribieran sus evangelios (2 P. 1:21; cp. Jn. 14:26), de manera que cualquier semejanza entre sus relatos debe atribuirse a la guía soberana del Espíritu en lugar de esas teorías modernas de dependencia literaria.

BOSQUEJO

- I. Prólogo: En el desierto (1:1-13)
 - A. Cristo es precedido por un precursor (1:1-8)
 - B. Es bautizado por Juan (1:9-11)
 - C. Es tentado por el diablo (1:12-13)
- II. Comienzo del ministerio de Cristo: En Galilea y sus alrededores (1:14—7:23)
 - A. Jesús proclama su mensaje del evangelio (1:14-15)
 - B. Llama a sus primeros discípulos (1:16-20)
 - C. Enseña y sana en Capernaúm (1:21-34)
 - D. Extiende su ministerio a lo largo de Galilea (1:35-45)
 - E. Defiende su ministerio de los dirigentes religiosos (2:1—3:6)
 - F. Ministra a las multitudes (3:7-12)
 - G. Nombra a los doce (3:13-19)
 - H. Reprende la blasfemia de los escribas (3:20-30)
 - I. Define a su familia espiritual (3:31-35)
 - J. Comienza a enseñar en parábolas (4:1-34)
 - 1. El sembrador (4:1-8)
 - 2. Razón de las parábolas (4:9-12)
 - 3. La parábola del sembrador explicada (4:13-20)
 - 4. La lámpara (4:21-25)
 - 5. El crecimiento de la semilla (4:26-29)
 - 6. La semilla de mostaza (4:30-34)
 - K. Jesús demuestra su poder divino (4:35—5:43)
 - 1. Calma una fuerte tormenta (4:35-41)
 - 2. Echa fuera una legión de demonios (5:1-20)
 - 3. Sana a una mujer de una enfermedad incurable (5:21-34)
 - 4. Resucita a una niña muerta (5:35-43)
 - L. Cristo se sorprende ante la incredulidad de Nazaret (6:1-6)
 - M. Envía a sus discípulos por toda Galilea (6:7-13)
 - N. Se gana un poderoso enemigo en Herodes (6:14-29)
 - O. Vuelve a reunirse con los discípulos (6:30-32)
 - P. Alimenta a miles cerca de Betsaida (6:33-44)
 - Q. Camina sobre el agua (6:45-52)
 - R. Sana a muchas personas (6:53-56)
 - S. Confronta las tradiciones de los fariseos (7:1-23)
- III. Expansión del ministerio de Cristo: En varias regiones gentiles (7:24—9:50)
 - A. Tiro y Sidón: Jesús libera a la hija de una mujer gentil (7:24-30)
 - B. Decápolis: Sana a un hombre sordo (7:31-37)

- C. La costa sureste de Galilea: Vuelve a alimentar a miles (8:1-9)
- D. Dalmanuta: Enfrenta la incredulidad de los fariseos (8:10-12)
- E. La otra orilla del lago: Reprende a los discípulos (8:13-21)
- F. Betsaida: Devuelve la vista a un hombre ciego (8:22-26)
- G. Cesarea de Filipo y Capernaúm: Instruye a los discípulos (8:27—9:50)
 - 1. Pedro confiesa que Jesús es el Cristo (8:27-30)
 - 2. Jesús anuncia su pasión y muerte (8:31-33)
 - 3. Explica el costo del discipulado (8:34-38)
 - 4. Es gloriosamente transfigurado (9:1-10)
 - 5. Contesta una pregunta acerca de Elías (9:11-13)
 - 6. Libera a un muchacho endemoniado (9:14-29)
 - 7. Reitera la realidad de su próxima muerte (9:30-32)
 - 8. Define la grandeza como servidumbre (9:33-37)
 - 9. Identifica el verdadero fruto espiritual (9:38-41)
 - 10. Advierte a quienes hacen tropezar a los creyentes (9:42-50)
- IV. Conclusión del ministerio de Cristo: Camino a Jerusalén (10:1-52)
 - A. Da instrucción acerca del divorcio (10:1-12)
 - B. Bendice a los niños (10:13-16)
 - C. Reta a un joven rico (10:17-27)
 - D. Confirma la promesa de recompensa celestial (10:28-31)
 - E. Prepara a los discípulos para su pasión y muerte (10:32-34)
 - F. Llama a los discípulos a tener una actitud desinteresada de servicio (10:35-45)
 - G. Sana un ciego en Jericó (10:46-52)
- V. Consumación del ministerio de Cristo: Jerusalén (11:1—16:20)
 - A. Entra triunfalmente a la ciudad (11:1-11)
 - B. Maldice una higuera (11:12-14)
 - C. Limpia el templo (11:15-19)
 - D. Enseña públicamente en el templo (11:20—12:44)
 - 1. Preludio: La lección de la higuera (11:20-26)
 - 2. Con respecto a su autoridad (11:27-33)
 - 3. Con respecto a su rechazo (12:1-12)
 - 4. Con respecto a pagar impuestos (12:13-17)
 - 5. Con respecto a la resurrección (12:18-27)
 - 6. Con respecto al gran mandamiento (12:28-34)
 - 7. Con respecto a la identidad verdadera del Mesías (12:35-37)
 - 8. Con respecto a los escribas (12:38-40)
 - 9. Con respecto a la ofrenda de una viuda (12:41-44)
 - E. Enseña en el Monte de los Olivos acerca de los últimos tiempos (13:1-37)

- F. Ungido, traicionado y arrestado (14:1-72)
 - 1. Judas conspira para traicionar a Jesús (14:1-2, 10-11)
 - 2. Cristo es ungido en Betania (14:3-9)
 - 3. Come la última cena con los discípulos en Jerusalén (14:12-31)
 - 4. Ora en Getsemaní (14:32-42)
 - 5. Traicionado en Getsemaní (14:43-52)
 - 6. Sometido a juicio en la casa del sumo sacerdote (14:53-72)
- G. Juzgado ante Pilato y sentenciado a muerte (15:1-41)
 - 1. Le someten a juicio en el pretorio de Pilato (15:1-15)
 - 2. Lo llevan al Gólgota y le crucifican (15:16-41)
- H. Lo entierran en la tumba de José de Arimatea (15:42-47)
- I. Resucita de los muertos (16:1-8)
- J. Epílogo al Evangelio de Marcos (16:9-20)

Precursor del nuevo Rey

1

Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Como está escrito en Isaías el profeta: He aquí yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti. Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas. Bautizaba Juan en el desierto, y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados. Y salían a él toda la provincia de Judea, y todos los de Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y comía langostas y miel silvestre. Y predicaba, diciendo: Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado. Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo. (1:1-8)

Ninguna narración es más convincente, y ningún mensaje más esencial, que el evangelio de Jesucristo. Esta es la historia más grandiosa jamás contada porque se centra en la persona más excelente que ha caminado sobre esta tierra. La historia de su ministerio terrenal está bien contada en cuatro relatos complementarios, escritos, bajo la inspiración del Espíritu Santo, por Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Estos escritos, conocidos colectivamente como los cuatro evangelios, proporcionan un registro objetivo de la vida, muerte y resurrección de Jesús. Mateo y Juan fueron testigos presenciales de los sucesos de los que escribieron; Lucas investigó a fondo los detalles del ministerio de nuestro Señor con el fin de publicar su testimonio (cp. Lc. 1:3-4); y según la tradición de la iglesia primitiva, Marcos escribió su evangelio basándose en la predicación del apóstol Pedro. Aunque escritos por hombres diferentes, estos cuatro relatos armonizan a la perfección y proveen a sus lectores de una comprensión plena de la persona y la obra del Señor Jesucristo. (Para una armonía integral de los evangelios, véase John MacArthur, *Una vida perfecta*: [Nashville: Grupo Nelson, 2014]). De los cuatro escritores evangélicos, solo Marcos usó la palabra **evangelio** (*euangelion*) para presentar su historia del Señor Jesús. En armonía con su estilo rápido y entrecortado, Marcos inicia su relato con una breve frase introductoria: **Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.**

La palabra **evangelio** es conocida para nosotros, pues se ha usado a menudo

para designar a los primeros cuatro libros del Nuevo Testamento. Pero no es así como los escritores bíblicos emplearon el término, ni es como lo usa Marcos en el primer versículo de su relato histórico. En el Nuevo Testamento, el **evangelio** nunca es una referencia a un libro; más bien, siempre se refiere al mensaje de salvación. Ese es el significado que Marcos tenía aquí en mente. Su audiencia del siglo I habría entendido que la palabra “evangelio” significaba “buenas noticias” o “buenas nuevas” de salvación. Sin embargo, el término tenía un significado aún más específico que en tiempos antiguos habrían conocido tanto judíos como gentiles.

Los judíos del primer siglo habrían conocido muy bien la palabra *euangelion* por su aparición en la Septuaginta (la traducción griega del Antiguo Testamento hebreo). Allí se usaba para hablar de victoria militar, triunfo político o rescate físico (cp. 1 S. 31:9; 2 S. 4:10; 18:20-27; 2 R. 7:9; Sal. 40:9). De manera significativa, el vocablo también se halla en un contexto mesiánico, en que señala hacia la salvación definitiva del pueblo de Dios por medio del Rey mesiánico. Al hablar de la liberación futura de Israel, el profeta Isaías proclamó:

Súbete sobre un monte alto, anunciadora de Sion; levanta fuertemente tu voz, anunciadora de Jerusalén; levántala, no temas; di a las ciudades de Judá: ¡Ved aquí al Dios vuestro! He aquí que Jehová el Señor vendrá con poder, y su brazo señoreará; he aquí que su recompensa viene con él, y su paga delante de su rostro (Is. 40:9-10).

En esos versículos la Septuaginta traduce la palabra hebrea para “buenas nuevas” (*basar*) con formas de la expresión griega *euangelion*. En Isaías 40, estas “buenas nuevas” consistían en más que simples buenas noticias de victoria militar o rescate físico. Abarcaba un mensaje de victoria, triunfo definitivo, y rescate eterno, por lo que es la mejor noticia posible. Después de treinta y nueve capítulos de juicio y reproche, Isaías concluyó su obra maestra profética (en los capítulos 40-66) con promesas de esperanza y liberación. Tales promesas proclamaban la realidad del futuro reinado de Dios y la restauración de su pueblo.

En Isaías 52:7 encontramos otra conocida proclamación de esperanza:

Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: ¡Tu Dios reina!

Al igual que en Isaías 40:9, el profeta usó el término hebreo *basar* o “buenas nuevas” (cp. Is. 61:1-2), el cual se volvió a traducir como *euangelion* en la Septuaginta. Cabe destacar que este pasaje precede al extenso análisis del siervo sufriente, el Mesías a través del cual vendría esta salvación prometida (Is.

52:13—53:12). Cuando Marcos declaró que este era el **evangelio de Jesucristo**, su uso de la palabra *Christos* (el equivalente griego del “Mesías” hebreo) habría hecho inconfundible esta relación en las mentes de aquellos que estaban familiarizados con la Septuaginta. El término **evangelio**, que estaba relacionado con el Mesías, era una palabra de entronización y exaltación real; las gloriosas buenas nuevas del Rey de reyes que venía a ocupar su legítimo trono.

El término *euangelion* también tenía significado especial para los de fuera del judaísmo. Aunque ignoraban gran parte de la historia judía, los romanos del siglo I habrían entendido igualmente que el término se refería a las buenas nuevas de un rey venidero. Una inscripción romana que data del 9 a.C. da una idea de cómo la palabra **evangelio** se entendía en un contexto gentil antiguo. Al hablar del nacimiento de César Augusto, parte de la inscripción reza:

La Providencia... que ha ordenado toda nuestra vida mostrando preocupación y celo, ha dispuesto la más perfecta consumación de la vida humana al entregarla a Augusto, llenándolo de virtud para hacer la obra de un benefactor entre los hombres, y mediante su envío, pues así fue, [como] un salvador para nosotros y los que vienen después de nosotros, a fin de hacer que cese la guerra, establecer orden en todas partes... mientras que el nacimiento del Dios [Augusto] ha introducido en el mundo las buenas nuevas que han llegado a los hombres a través de él... (*Inscripción de Priene*, citada de Gene L. Gree, *The Letters to the Thessalonians*, Pillar New Testament Commentary [Grand Rapids: Eerdmans, 2002] p. 94).

La inscripción habla de “buenas nuevas” (una forma de *euangelion*) para describir el nacimiento y el reinado de César Augusto, un gobernante a quien los romanos consideraban como su liberador divino. Por tanto, la palabra **evangelio** actuaba como un término técnico, incluso en la sociedad secular, para referirse a la llegada, la ascendencia y el triunfo de un emperador.

Como ilustran estos ejemplos de fuentes judías y paganas, en el siglo I, los lectores del relato de Marcos habrían entendido el término **evangelio** como un pronunciamiento real en que se declaraba que un monarca poderoso había llegado: uno que marcaría el inicio de un nuevo orden de salvación, paz y bendición. Bajo la inspiración del Espíritu Santo, Marcos eligió esa palabra con el fin de comunicar de modo eficaz (a judíos y gentiles) que estaba presentando las buenas nuevas del Rey divino.

Marcos inicia su relato observando que este es el **principio** de su declaración real. Esto encabeza de modo natural su narración histórica. Sin embargo, también sirve como recordatorio de que lo que sigue no es el final de la historia. La historia de Jesucristo todavía se sigue escribiendo. El Rey no ha asumido por

completo su trono. Un día regresará para establecer su reino y reinará como el soberano eterno. El relato de Marcos tan solo comienza a narrar la historia de la llegada, la ascendencia, el establecimiento y la entronización del nuevo Rey que es mucho más glorioso que todos los demás reyes.

De este modo, el relato de Marcos acerca de la vida del Señor Jesús empieza con un lenguaje que indicaría a sus lectores que ha venido el Rey más glorioso, y que no es el César. Es más, este Monarca divino se pone a sí mismo en contra de todos los demás rivales terrenales incluso César. Él es el tema, no solo de la historia de Marcos, sino de toda la historia. ¿Y cuál es el nombre de este Rey? Marcos no pierde tiempo en declarar de quién se trata: **Jesucristo, el Hijo de Dios**.

El nombre *Jesús* (gr., *Iesous*) es el nombre humano del Rey. Es la forma griega del nombre Josué (heb., *Yeshua*), que significa “Jehová es salvación”. Así se lo explicó el ángel a José: “Llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21). El término *Cristo* no es un nombre, sino un título. Es la traducción griega de la palabra hebrea traducida “mesías”, que significa “ungido”. Se trata de un título real, que se usaba en el Antiguo Testamento para referirse a los reyes divinamente ungidos de Israel (cp. 1 S. 2:10; 2 S. 22:51) y en última instancia al gran liberador y gobernador escatológico, el Mesías (Dn. 9:25-26; cp. Is. 9:1-7; 11:1-5; 61:1). Cualquier lector judío habría comprendido inmediatamente el significado del título: una referencia explícita al Salvador prometido de Israel.

El hombre **Hijo de Dios** habla del linaje y el derecho de gobernar de Jesús. Él es uno en naturaleza con Dios: coeterno e igual al Padre. Para aquellos romanos paganos que erróneamente consideraban al César como un dios, Marcos les presenta al verdadero Rey divino: el Señor Jesucristo. Como se lo manifestó Natanael a Jesús: “Tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel” (Jn. 1:49). A lo largo de su ministerio terrenal Jesús demostró en varias ocasiones ser el Rey divino, y Marcos procura presentar el abrumador caso a sus lectores (cp. 3:11; 5:7; 9:7; 13:32; 15:39). En la primera mitad de su evangelio (caps. 1—8) Marcos resalta las asombrosas palabras y obras del Señor. En la segunda mitad (caps. 9—16), se enfoca en la muerte y resurrección de Jesús. Ambas secciones llegan a la misma conclusión inevitable: por medio de sus palabras, obras, muerte y resurrección, Jesús demostró ser el Rey mesiánico prometido, el Hijo de Dios y Salvador del mundo. La confesión de Pedro expresa este tema en un lenguaje inconfundible: “Tú eres el Cristo” (Mr. 8:29; cp. Mt. 16:16). Sin lugar a dudas, el hecho de que esta majestuosa confesión se encuentre en la mitad del libro no es accidental; representa el mismo centro del mensaje de Marcos: El Señor Jesús es exactamente quien afirmaba ser.

En este relato del **evangelio de Jesucristo**, Marcos está emocionado con la llegada del más grande Rey de todos los tiempos: el Monarca mesiánico que presentará su reino glorioso de salvación y marcará el inicio de una nueva era para

el mundo. Pero el Evangelio de Marcos solo es el principio de las buenas nuevas, porque la historia del reino de Cristo continuará a través de la historia humana y dentro de la eternidad. Marcos presenta al soberano Salvador examinando tres facetas de la llegada real de Cristo: la promesa del nuevo Rey, el profeta del nuevo Rey, y la preeminencia del nuevo Rey.

LA PROMESA DEL NUEVO REY

Como está escrito en Isaías el profeta: He aquí yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti. Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas. (1:2-3)

Tras presentar su relato como una proclamación real del Rey divino, Marcos continúa su narración presentando al precursor del Rey: Juan el Bautista. El enfoque inicial en Juan, y no en Jesús, puede parecer sorprendente a los lectores modernos. No obstante, está en perfecta armonía con el propósito de Marcos (presentar a Jesucristo como el Rey divino) y lo habría esperado su audiencia del siglo I. Los monarcas terrenales en el mundo antiguo invariablemente enviaban mensajeros oficiales delante de ellos a fin de preparar el camino, anunciar su llegada, y alistar al pueblo para recibirlas. Así también, la llegada del Rey divino fue precedida por un precursor real que anunció claramente la venida de Cristo.

Con el fin de presentar a Juan el Bautista, Marcos hace referencia a dos profecías del Antiguo Testamento: Malaquías 3:1 e Isaías 40:3, cada una de las cuales anunciaba el ministerio del precursor del Mesías. La frase **está escrito** era una manera normal en que los escritores del Nuevo Testamento señalaban citas del Antiguo Testamento (cp. 7:6; 9:13; 14:21, 27; Mt. 4:4, 6, 7; Lc. 2:23; 3:4; Jn. 6:45; 12:14; Hch. 1:20; 7:42; Ro. 3:4; 8:36; 1 Co. 1:31; 9:9; 2 Co. 8:15; 9:9; Gá. 3:10; 4:22; He. 10:7; 1 P. 1:16). El hecho de que Marcos no mencione el nombre de Malaquías, sino que presente a ambos con la frase **Como está escrito en Isaías el profeta**, no es problemático. No era extraño en esa época que cuando se citaban profetas del Antiguo Testamento se refirieran solo al más notable de ellos y pasaran por alto a los demás. Puesto que estas dos profecías encajan tan perfectamente y ambas se refieren a la misma persona, a menudo los primeros cristianos pudieron haberlas usado juntas. Los otros escritores de los evangelios también aplican estos pasajes del Antiguo Testamento a Juan (cp. Mt. 3:3; 11:10; Lc. 3:4-6; 7:27; Jn. 1:23).

La apelación de Marcos a los antiguos profetas hebreos es importante, lo que demuestra que la llegada del Rey no fue un plan secundario o una ocurrencia tardía. Este era el mismísimo plan que Dios había estado elaborando desde la eternidad pasada. En consonancia con tal plan, los antiguos profetas habían

predicho la venida del precursor del Rey cientos de años antes de que este naciera.

Marcos empieza haciendo referencia a Malaquías 3:1: **He aquí yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti.** El mismo Señor Jesús declaró que este pasaje se refería a Juan el Bautista (Mt. 11:10; Lc. 7:27). Juan fue enviado por Dios **delante** del Mesías como un precursor real a fin de **preparar el camino** para la llegada del divino Rey. Tal preparación vino a través de la proclamación. Juan fue llamado a ser predicador y hacer un fuerte llamado a que el pueblo estuviera dispuesto para la llegada del nuevo Rey. Una traducción ampliada de Malaquías 3:1 podría expresar: “He aquí, yo Jehová envío mi mensajero Juan el Bautista como el precursor para ti, el Mesías, con el fin de preparar al pueblo para tu llegada”.

El uso que Marcos hace de la profecía del Antiguo Testamento continúa con una referencia a Isaías 40:3: **Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas.** Este pasaje amplía la misión del precursor del Mesías. Un precursor real en el mundo antiguo tenía la misión de preparar el camino para la llegada del rey. Sin embargo, ¿cómo iba Juan a hacer eso para el Mesías que vendría? En lugar de despejar de escombros físicos a caminos literales, Juan trató de quitar obstáculos de terca incredulidad de los corazones y las mentes de los pecadores. **El camino del Señor** es el sendero del arrepentimiento, de volverse del pecado a la justicia, y de convertir las **sendas** espirituales que están torcidas en unas que sean derechas y santas.

De acuerdo con su llamado, Juan predicó a las multitudes que venían a oírlo **en el desierto**, rogándoles con fervor que se arrepintieran. Con la **voz** veemente de un profeta apasionado, Juan **clama** con gritos, gemidos y súplicas para que los pecadores abandonen su pecado y busquen al Salvador. Juan era tanto un profeta como el cumplimiento de la profecía. Fue el último de los profetas del Antiguo Testamento; pero también fue el precursor cuyo ministerio habían anunciado esos profetas. Como precursor personal del Rey divino, Juan recibió un incomparable privilegio. Debido a su eminente papel, y a estar tan íntimamente relacionado con el Mesías venidero, fue el profeta más grande que ha vivido (Mt. 11:11).

Al igual que ocurre con muchos pasajes del libro de Isaías, las profecías de Isaías 40 (incluso el versículo 3) anticiparon tanto un cumplimiento parcial a corto plazo como un cumplimiento total a largo plazo. En el de corto plazo, las palabras de Isaías 40 prometieron a los judíos del cautiverio babilónico que un día regresarían a Israel. Dios los llevaría de vuelta a su tierra natal después de siete décadas de esclavitud, haciendo un camino derecho de liberación para ellos. Cuando llegaran, el Señor estaría con los judíos (cp. Is. 40:9-11). Pero la profecía de Isaías iba más allá del cautiverio babilónico, ya que no todo lo que profetizó se cumplió durante el regreso de los judíos a Israel en el siglo vi a.C.

En el sentido a largo plazo, la profecía de Isaías señalaba hacia la venida del Rey mesiánico, y a aquel que lo precedería como su precursor.

Todo esto fue prometido en el Antiguo Testamento. Marcos destaca estas promesas porque sabe que van a resonar en sus lectores, ya sean judíos o gentiles. La llegada del Rey (siendo precedida de manera adecuada por su heraldo real) fue prometida por Dios a través de los profetas hebreos en siglos anteriores. Pero existe un aspecto adicional a aquellas profecías del Antiguo Testamento que no debe pasarse por alto. Estas no solo describen al precursor del Mesías, sino que también dan a conocer el carácter divino del Mesías mismo.

El texto completo de Malaquías 3:1 declara: “He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos”. Las consecuencias de esa profecía son profundas. En ese versículo, el Señor explicó que el Rey venidero, aquel delante del cual fuera enviado el precursor, es Dios mismo. La profecía sigue con una promesa de que el Señor llegaría de repente a su templo. No es casualidad que Cristo comenzara su ministerio público yendo al templo y purificándolo (Jn. 2:13-22). Marcos, desde luego, se refiere tan solo a la primera parte de Malaquías 3:1. Bajo la inspiración del Espíritu Santo la parafrasea levemente (cambiando el “mí” a “ti”) con el fin de resaltar que el pronombre divino en Malaquías 3:1 se refiere al Señor Jesús. El uso que hace de este pasaje del Antiguo Testamento subraya la naturaleza divina del Mesías. El nuevo Rey no es otro que Dios mismo.

El testimonio de la deidad de Cristo también se ve en Isaías 40:3, donde Isaías profetizó acerca del precursor del Mesías: “Preparad camino a Jehová” en el desierto, y “enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios”. La palabra hebrea para “Jehová” es *Yahweh*, el nombre de pacto para Dios. La relación es inconfundible: el Mesías es uno en naturaleza con Jehová. El testimonio de esa realidad se expresaría claramente en el bautismo de Jesús. Tan solo unos versículos después, en Marcos 1:11, encontramos las palabras del Padre: “Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia”.

El mundo nunca había visto a un Rey como este. El Dios del universo irrumpió en la historia para brindar salvación, bendición y paz. Su llegada se había prometido desde hacía mucho tiempo, siendo precedida por un heraldo real que proclamó su venida. El nombre del Rey es Jesús, y Él es el Cristo, el Hijo de Dios.

PROFETA DEL NUEVO REY

Bautizaba Juan en el desierto, y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados. Y salían a él toda la provincia de Judea, y todos los de

Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y comía langostas y miel silvestre. (1:4-6)

Después de referirse a la profecía del Antiguo Testamento acerca del precursor del Mesías, Marcos pasa a revelar de quién se trata: **Juan el Bautista**. El nombre **Juan** era común en Israel del siglo I. Significa “el Señor es misericordioso” y es el equivalente griego del nombre hebreo “Johanán” (cp. 2 R. 25:23; 1 Cr. 3:15; Jer. 40:8). El título **el Bautista** significa literalmente “quien bautiza”, un nombre que distinguía a **Juan** de otros que tenían el mismo nombre, y que lo identificaba con uno de los aspectos más reconocibles de su ministerio. **Bautizaba Juan en el desierto**, pasando todo su ministerio junto al río Jordán, a unos cuarenta y cinco kilómetros al sur del mar de Galilea (cp. Jn. 3:23). En realidad, Juan había crecido **en el desierto** (cp. Lc. 1:80) y es allí donde predicó y ministró, lejos del bullicio de las ciudades.

El **desierto** tenía gran importancia en la historia judía; era un recordatorio constante de la salida de Egipto y de la entrada a la tierra prometida. Esa importancia no la habrían olvidado fácilmente quienes viajaban para escuchar cómo **predicaba** Juan, atestiguando acerca de su ministerio cuando **bautizaba**. Así lo explica William Lane:

El llamado para ser bautizado en el Jordán significaba que Israel debía volver una vez más al desierto. Así como mucho tiempo atrás la nación había sido separada de Egipto para tener un peregrinaje a través de las aguas del mar Rojo, se exhorta nuevamente a la nación a experimentar separación; las personas son llamadas a una segunda salida en preparación para un nuevo pacto con Dios... Cuando las personas hacían caso al llamado de Juan y acudían a él en el desierto, había algo más que contrición y confesión. Regresaban a un lugar de juicio, el desierto, donde la posición de Israel como hijos amados de Dios debía restablecerse en intercambio de arrogancia por humildad. La disposición de regresar al desierto significa reconocer la historia de Israel como de desobediencia y rebelión, y un deseo de comenzar una vez más (*The Gospel according to Mark*, New International Commentary on the New Testament [Grand Rapids: Zondervan, 1974], pp. 50-51).

El ministerio de Juan se centró en la predicación del **bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados**. Según se indicó antes, en tiempos antiguos el enviado del rey que llegaba solía ir delante de él quitando todos los obstáculos en el sendero y asegurándose que el pueblo estuviera preparado para recibir a tal rey. No obstante, ¿cómo iban las personas a prepararse para la llegada del

Rey mesiánico? Debían abandonar el pecado y recibir el perdón de Dios. A fin de demostrar que estaban arrepentidas, Juan las llamó a bautizarse.

El **bautismo** de Juan era un acto de una sola vez, distinguiéndose de otros rituales judíos de lavamiento. En la costumbre judía el paralelismo más cercano al bautismo de Juan era el lavado de una sola vez de los prosélitos gentiles, un rito que simbolizaba su rechazo del paganismo y su aceptación de la fe verdadera. La ceremonia era la señal de que un forastero se convertía en parte del pueblo escogido de Dios. Que un prosélito gentil se bautizara no era nada extraordinario. Pero el llamado de Juan para que los judíos se bautizaran era radical. En esencia, requería que se vieran como extranjeros que debían reconocer que no eran más aptos para el reino del Mesías que los gentiles. El bautismo de Juan confrontaba directamente la hipocresía religiosa que impregnaba el judaísmo del siglo I. Juan desafiaba a sus oyentes a considerar la realidad de que ni ser descendientes físicos de Abraham ni observadores meticolosos de la ley farisaica eran razones suficientes por los cuales se pueda tener admisión dentro del reino de Dios.

En vez de eso, lo que se requería era un cambio interior del corazón, la mente y la voluntad del individuo. La palabra **arrepentimiento** (*metanoia*) implica volverse de veras del pecado y de sí mismo hacia Dios (cp. 1 Ts. 1:9). El verdadero **arrepentimiento** involucra una transformación de la naturaleza del individuo, a fin de que sea una obra misericordiosa de Dios (Hch. 11:18; 2 Ti. 2:25). El fruto (o subsiguiente evidencia) de esa transformación interior se ve en conducta cambiada. Así les dijo Juan el Bautista a las multitudes: “Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras” (Lc. 3:8; cp. Mt. 3:8-9).

Una evidencia inicial de esa genuina transformación de corazón era la disposición de bautizarse. Aquellos que mantenían su orgullo hipócrita nunca se someterían a un acto público tan humillante. Pero aquellos cuyas mentes habían cambiado de veras hasta el punto de estar dispuestos a abandonar su pecado y su arrogancia, declararían abiertamente no ser mejores que los gentiles (pecadores que reconocían su indignidad y su necesidad de andar rectamente delante de Dios). Por tanto, el bautismo marcaba la profesión externa del arrepentimiento interno; no generaba arrepentimiento, pero era su resultado (Mt. 3:7-8). Además, el acto del **bautismo** no producía **perdón de pecados** pero servía como símbolo externo del hecho de que, mediante la fe y el arrepentimiento, los pecadores son misericordiosamente perdonados por Dios (cp. Lc. 24:47; Hch. 3:19; 5:31; 2 Co. 7:10). Aunque el ministerio del bautismo de Juan precedía al bautismo cristiano (cp. Hch. 19:3-4), servía como un elemento vital en la preparación del pueblo para la llegada del Mesías. Así lo explicó muchos años después el apóstol Pablo: “Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento,

diciendo al pueblo que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo" (Hch. 19:4).

Juan proclamó un mensaje urgente de arrepentimiento en preparación para la venida del Rey mesiánico. En consecuencia, lo que **predicaba** se centró en la ira y el juicio de Dios. Confrontó a los dirigentes religiosos judíos con un lenguaje vívido: "¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera?" (Mt. 3:7). Al hablar del Mesías venidero, advirtió además al pueblo: "Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará" (Mt. 3:12). Los vehementes sermones de Juan llevaron a las personas a enfrentar su pecado, al mismo tiempo que consideraban la posibilidad de ser excluidos del reino de Dios. Antes de que pudieran oír las buenas nuevas de salvación debían ser confrontados con las malas noticias relacionadas con su propia maldad. Sus pecados podían ser perdonados solo a través de una fe y un arrepentimiento genuinos.

Ningún judío del siglo I deseaba quedar fuera del reino mesiánico. Por eso el pueblo de Israel salía de las ciudades para ir al desierto, a fin de escuchar a este austero y contracultural profeta. Como lo explicara Marcos, **salían a él toda la provincia de Judea, y todos los de Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados.** En palabras de un comentarista:

Al realizar el peregrinaje al Jordán, aquellos que creían el mensaje de Juan mostraban que deseaban ser visiblemente separados de quienes estuvieran bajo juicio cuando el Señor viniera. Querían ser miembros del futuro Israel purificado. Experimentar el bautismo de Juan les ayudaba a anticipar que no solo formaban parte del pueblo del pacto de Dios, sino que permanecerían en ese pacto después que Dios echara fuera a los demás. A fin de asegurarse de que serían incluidos en el Israel futuro perdonado cuya iniquidad sería quitada, ahora debían arrepentirse y pedir perdón personal (Mark Horne, *The Victory According to Mark* [Moscow, ID: Canon Press, 2003], p. 27).

Multitudes de **Jerusalén**, Jericó y de **toda la provincia de Judea** llegaban para escuchar a Juan, confesar sus pecados, y ser bautizados por él. Al confesar **sus pecados**, las personas reconocían ante Dios que habían violado su ley y necesitaban ser perdonadas. Pero al final, este avivamiento resultó ser en gran medida superficial. Tristemente, la nación que acudió a Juan durante la mayor popularidad del profeta más tarde rechazaría al Mesías a quien señalaba todo el ministerio de Juan.

El territorio de **Judea** era la división del extremo sur del Israel del siglo I, con Samaria y Galilea al norte. Incluía la ciudad de **Jerusalén** y se extendía desde el mar Mediterráneo en el occidente hasta el río Jordán en el oriente, y

desde Bet-el en el norte hasta Beerseba en el sur. El **río Jordán** sigue siendo la corriente de agua más importante de Israel, que fluye desde el mar de Galilea hacia el sur hasta el Mar Muerto. La tradición sugiere que Juan comenzó su ministerio de bautismo en los vados cercanos a Jericó.

Tras describir la naturaleza del ministerio de Juan (en vv. 4-5), Marcos continúa en el versículo 6 describiendo al mismo Juan. El Nuevo Testamento registra muchas historias maravillosas acerca de Juan el Bautista, desde su concepción sobrenatural por parte de padres de edad avanzada, hasta ser lleno del Espíritu Santo mientras estaba en el vientre de su madre, y hasta el hecho de que Jesús lo llamara el hombre más grande que había vivido hasta ese momento. Pero Marcos deja de lado esos detalles. Es más, la descripción que hace de Juan es corta y va al grano: **Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y comía langostas y miel silvestre** (1:6). La descripción física de Juan se ajusta a la de un hombre que vivía en el desierto, donde en favor de la durabilidad se pasaban por alto las modas de ropa, y donde las **langostas y la miel silvestre** proporcionaban un sustento viable.

No obstante, aquí hay más que una declaración superficial respecto al vestuario y los hábitos alimentarios de Juan. Una prenda peluda confeccionada de **pelo de camello**, ceñida por **un cinto de cuero alrededor de los lomos**, habría designado a Juan como un profeta. Es más, el profeta Elías usó un atavío parecido. En 2 Reyes 1:8 se describe a Elías como “un varón que tenía vestido de pelo, y ceñía sus lomos con un cinturón de cuero”. La referencia a Elías como “un varón que tenía vestido de pelo” describe las peludas prendas de piel de animal que usaba. Esas prendas eran sujetadas por una correa de cuero alrededor de la cintura.

Las semejanzas entre Juan y Elías no son una coincidencia. La explicación del ángel Gabriel a Zacarías con relación a Juan es la siguiente:

Será grande delante de Dios. No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre. Y hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos. E irá delante de él *con el espíritu y el poder de Elías*, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto (Lc. 1:15-17, cursivas añadidas).

Jesús reiteró en Mateo 11:12-14 la relación entre Elías y Juan. Allí manifestó a las multitudes que lo seguían: “Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan. Porque todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan. Y si queréis recibirla, él es aquel Elías que había de venir” (cp. Mal. 4:5). El planteamiento del Señor era que si los

judíos hubieran recibido el mensaje de Juan como mensaje de Dios, y hubieran recibido al Mesías que proclamaba, Juan habría sido en realidad el personaje parecido a Elías del que habló Malaquías. Pero ya que en última instancia Israel rechazó el testimonio de buenas nuevas de Juan, otro profeta como Elías todavía está por venir, quizás como uno de los dos testigos en Apocalipsis 11:1-19.

La dieta de Juan incluía **langostas**, que la ley mosaica permitía que los israelitas comieran (Lv. 11:22). Las **langostas** proporcionaban una buena fuente de proteína y podían prepararse de varias maneras. Una vez retiradas las alas y las patas, el cuerpo se podía asar, hervir, secar y hasta moler y hornear en pan. La **miel silvestre** también estaba a disposición (cp. Jue. 14:8-9; 1 S. 14:25-26), y proporcionaba una contraparte dulce a las langostas. La dieta sencilla de Juan estaba en armonía con su posición como nazareo de por vida (cp. Lc. 1:15).

Incluso la breve descripción que Marcos hace de Juan es suficiente para indicar que debió haber sido un personaje impactante para quienes lo veían. Juan afirmaba ser un mensajero de Dios, pero su estilo de vida era radicalmente distinto al de los demás líderes religiosos del judaísmo del siglo I. Dichos líderes (los saduceos y los fariseos) eran refinados, bien vestidos, y duchos en buenos modales. Era claro que a Juan no le importaban las comodidades mundanas, e incluso se empeñaba en rechazarlas. Su vestimenta, dieta y estilo de vida austeros eran en sí un reproche a la élite religiosa de Israel, que se dedicaba a la pompa y solemnidad de sus privilegiadas posiciones; también confrontaban a las personas comunes, ya que muchas de ellas admiraban los beneficios mundanos de sus líderes. De manera significativa, Juan no pidió al pueblo que viviera o se vistiera como él. Su objetivo no era convertir a otros en recluos sociales o ascetas. Sin embargo, la apariencia física de Juan sirve como un recordatorio dramático de que los placeres y las actividades de este mundo pueden ser una piedra de tropiezo que impide que la gente rechace su pecado y se vuelva a Dios.

PREEMINENCIA DEL NUEVO REY

Y predicaba, diciendo: Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado. Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo. (1:7-8)

El resumen del ministerio de Juan se expresa en estos dos versículos. Todo su propósito cuando **predicaba** (literalmente, proclamaba) era hacer que sus oyentes miraran hacia **el que venía tras él**. Eso es lo que significaba ser el precursor, el heraldo que alejaba de él mismo la atención de todos para que la pusieran en el Rey que se acercaba. Así lo explicó más tarde Juan a sus propios discípulos: “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (Jn. 3:30). Juan entendió y aceptó correctamente su papel como el mensajero del Mesías.

Por eso indicó a las multitudes: **Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado.** El griego incluye un artículo definido que indica que Juan se refería a Aquel **que** estaba viniendo. El ministerio de Juan no precedía simplemente a algún rey o monarca. Al contrario, señalaba *al Rey divino cuya venida fuera anunciada por los profetas del Antiguo Testamento*. Juan admitió de inmediato que este Rey que venía era **más poderoso que** él mismo. El Mesías sería más grande en todo aspecto, por lo que Juan ni siquiera se consideró **digno de desatar encorvado la correa de su calzado**. Desatar las sandalias del amo y cuidar de limpiarle los pies empolvados era una tarea que realizaba el más bajo de los esclavos. Juan indica entonces que no se consideraba digno ni siquiera de ser el esclavo más bajo del Rey tan infinitamente exaltado.

Juan continuó distanciándose de Cristo al señalar la diferencia inmensurable entre sus dos ministerios: **Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo.** Es como si Juan estuviera diciendo: “Lo único que puedo hacer por ustedes es lavarlos por fuera con agua. Pero Él pude transformarlos y limpiarlos por dentro”. Ser bautizados **con Espíritu Santo** se refiere a la obra regeneradora de salvación (cp. Ez. 36:24-27; Jn. 3:5-6). Esta no es una referencia a una experiencia extática posterior a la conversión, como algunos carismáticos contemporáneos afirman. Más bien se trata del lavamiento de regeneración y renovación por parte del Espíritu Santo que ocurre en el momento de la salvación (Hch. 1:5; 8:16-17; 1 Co. 12:13; Tit. 3:5-7). Esta es la purificación del nuevo pacto, y la transformación del nuevo nacimiento.

En el aposento alto el Señor Jesús prometió a sus discípulos que enviaría el **Espíritu Santo** como “otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros” (Jn. 14:16-17). Esa promesa se cumplió inicialmente el día de Pentecostés (Hch. 2:1-4). A partir de entonces todo creyente experimenta la presencia interior del Espíritu Santo que empieza en el momento de la salvación (cp. 1 Co. 6:19).

La declaración de Juan relacionada con el Espíritu Santo debió haber emocionado los corazones de los judíos fieles que le oían predicar. En consonancia con las promesas del Antiguo Testamento, ellos esperaban el día en que Dios cumpliera esta promesa: “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros” (Ez. 36:25-26). En aquel día sus corazones al fin serían bautizados en el mismo poder y persona de Dios (cp. Jer. 31:33). Este poder sobrenatural distingue de cualquier otro al ministerio del nuevo Rey. Juan no podía otorgar el Espíritu Santo. Solo Dios puede hacerlo. El Rey venidero es Dios en cuerpo humano, y Él bautizará a los pecadores con el poder salvador de la obra regeneradora del Espíritu.

El mensaje de Juan resume el núcleo del evangelio, y nos lleva de vuelta al uso que Marcos hace del término en el versículo 1. El evangelio son buenas noticias, las buenas nuevas de un nuevo Rey que está trayendo un nuevo reino. El nuevo Rey es el tan esperado Mesías. Él es Dios mismo. Su reino es de perdón, bendición y salvación. Lo reciben aquellos que se arrepienten. Y quienes lo hacen serán bautizados con el Espíritu Santo. Este evangelio es la culminación de toda la historia redentora pasada y la puerta a toda la gloria futura. Y Juan el Bautista, el fiel heraldo y precursor, había venido para anunciar la llegada de ese nuevo Rey.

Significado del bautismo de Jesús

2

Aconteció en aquellos días, que Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. Y luego, cuando subía del agua, vio abrirse los cielos, y al Espíritu como paloma que descendía sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia. (1:9-11)

Desde el primer versículo, el Evangelio de Marcos declara ser una proclamación gozosa del Rey divino: Jesucristo, el Hijo de Dios. La palabra *evangelio* (*euangelion*), en el contexto del siglo I, significaba la ascensión de un rey a su trono (1:1). Marcos está escribiendo acerca del gran Rey de Dios, el Soberano cuya venida señalaba el inicio de una nueva era para el mundo. Puesto que le estaba escribiendo a una audiencia romana, Marcos resaltó de modo intencional detalles que sabía que iban a demostrar la soberanía imperial de Cristo en las mentes de sus lectores gentiles. Comenzó con el precursor del Rey, Juan el Bautista (1:2-8). El Rey mesiánico, como cualquier monarca legítimo en el mundo antiguo, era precedido por un heraldo real que proclamó su venida y preparó el camino para la llegada del Rey. Como precursor profético, el ministerio de preparación de Juan se caracterizó por predicar arrepentimiento y señalar a sus oyentes el Rey que venía.

En esta sección (1:9-11) Marcos continúa resaltando el señorío divino de Cristo. Pero el enfoque cambia de anticipación a llegada, cuando el Rey aparece en escena para comenzar su ministerio público. En consonancia con su tema, Marcos presenta el bautismo de Jesús como una ceremonia de coronación real en la que la autoridad del Rey mesiánico es afirmada por el mismo cielo.

Probablemente era un día de verano del año 26 d.C. cuando, para sorpresa de Juan, Jesús estaba entre la multitud que había ido a ser bautizadas. Según lo explica Marcos, **aconteció en aquellos días, que Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán.** La frase **en aquellos días** se refiere a un momento específico durante el ministerio de Juan (cp. vv. 4-8). Es probable que él ya llevara predicando antes del bautismo de Jesús unos seis meses o más.

Mencionado por los cuatro evangelios (Mt. 3:13-17; Lc. 3:21-22; Jn. 1:29-34),

este es el único encuentro entre Jesús y Juan registrado en el Nuevo Testamento. A pesar de que ellos estaban emparentados y más tarde relacionados entre sí a través de sus discípulos (cp. Mt. 11:2), no hay indicio de que se reunieran antes o después de esta ocasión. La reunión fue iniciada por **Jesús**, quien **vino** cuando llegó el momento adecuado para hacer su primera aparición pública (cp. Lc. 3:21). Según Lucas 3:23, Jesús tenía unos treinta años de edad cuando **vino de Nazaret de Galilea** para ser bautizado y comenzar su ministerio.

Por consideración a su audiencia no judía, Marcos explica que la pequeña aldea de **Nazaret** se hallaba en la región de **Galilea**, un territorio bastante poblado por gentiles. (**Nazaret** era una aldea tan desconocida que ni siquiera se mencionaba en la antigua literatura judía del siglo 1). **Galilea** había sido conquistada por los israelitas durante el tiempo de Josué y formaba parte del reino del norte de Israel en la época del reino dividido. Pero cuando el reino del norte cayó ante Asiria (en el 722 a.C.), los asirios deportaron a los israelitas y muchos gentiles fueron llevados a vivir en la región. En consecuencia, los judíos de Judá veían a Galilea, e incluso a sus compañeros judíos que vivían allí, con cierto nivel de desprecio. Según Juan 7:41, para muchos era impensable que el Mesías pudiera provenir de Galilea. Con indignación preguntaban: “¿De Galilea ha de venir el Cristo?”. Tal pregunta revelaba ignorancia de la profecía del Antiguo Testamento. En Isaías 9:1-2, el profeta declaró acerca del Mesías:

Mas no habrá siempre oscuridad para la que está ahora en angustia, tal como la aflicción que le vino en el tiempo que livianamente tocaron la primera vez a la tierra de Zabulón y a la tierra de Neftalí; pues al fin llenará de gloria el camino del mar, de aquel lado del Jordán, en Galilea de los gentiles. El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos.

Claramente, el plan de Dios fue todo el tiempo que el Mesías, aunque nació en Belén de Judea (cp. Mi. 5:2), se criara en Galilea.

El hecho de que el Mesías viniera de una aldea insignificante en una región humilde al margen de la sociedad judía era en sí un reproche para el sistema religioso corrupto que dominaba el judaísmo en esa época. Los judíos del siglo 1 esperaban que el Mesías viniera de Jerusalén, el centro de la vida religiosa judía. En cambio, vino de los alrededores, muy lejos de la institución religiosa apóstata. Aunque el Mesías se crio en un medio desconocido, había llegado el momento de que hiciera su primera aparición pública. Por tanto, salió de Nazaret con el fin de ser **bautizado por Juan en el Jordán**.

El río **Jordán** es el principal río de Israel, que fluye hacia el sur desde el lago de Galilea (doscientos metros por debajo del nivel del mar) hacia el Mar Muerto

(el punto más bajo de la tierra a cuatrocientos metros por debajo del nivel del mar). Se desconoce el lugar exacto donde Juan estaba bautizando en ese tiempo, aunque tal vez era hacia el extremo sur del río Jordán, cerca de Jericó y del Mar Muerto. El Evangelio de Juan informa que esto ocurrió cerca de “Betábara, al otro lado del Jordán” (Jn. 1:28), pero se debate la ubicación exacta de esa ciudad.

Marcos ya ha identificado a **Juan** como Juan el Bautista (v. 4), nombre que lo relacionaba directamente con su costumbre exclusiva de bautizar judíos. Aunque los rituales del judaísmo incluían varios lavados ceremoniales, el bautismo (por inmersión total en el agua) no formaba parte normal de la práctica religiosa judía. El paralelo más cercano era el bautismo de prosélitos gentiles, en el cual los gentiles convertidos al judaísmo se lavaban para indicar su entrada al judaísmo. Que Juan pidiera a los judíos que se bautizaran en una forma diseñada para los gentiles era algo chocante y asombroso. Para muchos judíos era indigno y ofensivo confesar que no eran mejores que los gentiles. Si el bautismo era algo desagradable para los pecadores santurrones de la audiencia de Juan, cuánto más inaceptable debió haber parecido que el Mesías mismo buscara bautizarse. El bautismo de Juan era una señal de arrepentimiento, diseñado para pecadores como una declaración de que habían abandonado sus malos caminos y se habían vuelto hacia Dios. Pero Jesús era el inoculado Hijo de Dios. ¿Por qué debía bautizarse?

Sin duda, al haber aprendido en cuanto al Mesías de parte de sus padres Zacarías y Elisabet, Juan sabía todo acerca de Jesús. Desde su nacimiento Juan entendió que era el precursor del Mesías. También sabía que Jesús, hijo de María, era el Hijo de Dios, el Salvador prometido de Israel. No obstante, parece que Juan nunca había conocido personalmente a Jesús. Es probable que los padres de Juan, que eran ancianos cuando este nació, murieran siendo él relativamente joven. El mismo Juan creció en el desierto de Judea (Lc. 1:80), mientras que Jesús pasó su infancia en una desconocida aldea en Galilea. Y aunque todavía era bebé en el vientre de su madre, Juan “saltó de alegría” al estar en la presencia del Cristo aún no nacido (Lc. 1:44), no hay ninguna indicación en la Biblia de que Juan y Jesús se hubieran encontrado alguna vez antes del bautismo del Maestro. Esta conclusión la refuerza el comentario de Marcos en Juan 1:33. Hablando de Jesús, Juan explicó: “Yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo”. La palabra “conocía” (*oida*) significa “reconocer con los propios ojos”, y sugiere que Juan nunca antes había visto a Jesús, o al menos no en mucho tiempo. Por consiguiente, Juan no reconoció a Jesús porque no sabía cómo era.

Pero una vez que pasó el momento inicial de desconocimiento (y que de pronto Juan comprendió quién era este Hombre que se hallaba delante de él)

todo lo que sabía acerca del Mesías le inundó la mente. Este era el inmaculado Cordero de Dios (Jn. 1:29). La vida de Jesús no requería confesión o arrepentimiento. No necesitaba conversión o transformación. ¿Por qué entonces venía a ser bautizado?

Al reconocer la evidente incongruencia, Juan respondió a Jesús en la manera que podríamos esperar. Según Mateo 3:14, “Juan se le oponía, diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?”. La frase “se le oponía” representa un solo verbo griego (*diekōluen*). El tiempo imperfecto indica que Juan trató continuamente de evitar a Jesús, resaltando cuán inapropiado parecía que el Señor recibiera un bautismo diseñado para pecadores. En vez de bautizar a Jesús, Juan buscaba ser bautizado por Él. Eso le parecía más apropiado, ya que Jesús era el Rey mesiánico sin pecado y Juan solo era su humilde siervo pecador (cp. Mr. 1:7).

La actitud de Juan hacia Jesús fue el polo opuesto de su respuesta a los fariseos y saduceos. Según Mateo 3:7-8, “al ver él que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: ¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento”. Cuando los dirigentes religiosos judíos llegaron, Juan denunció públicamente su hipocresía santurróna y les mandó arrepentirse. Se negó a bautizarlos debido al orgullo, la duplicidad y la impenitencia que exhibían. Cuando llegó Jesús, la reacción de Juan fue totalmente distinta. Su renuencia a bautizar a Jesús provenía de comprender que Él no tenía pecado. Si alguien no necesitaba ser bautizado, sin duda era Jesús.

Desde una perspectiva cristológica, la renuencia de Juan por bautizar a Jesús pone de relieve una verdad teológica fundamental en cuanto al carácter de Cristo. Esta es una de las más grandes afirmaciones de la impecabilidad de Cristo que se encuentran en los evangelios. Juan sabía que Jesús era santo, sin defecto, sin mancha, y sin pecado (cp. He. 4:15). Por eso dudó en bautizarlo. El bautismo de Juan era un bautismo para pecadores, y Jesús no estaba en esa categoría. Por tanto, incluso en su renuencia a bautizar a Jesús, Juan cumplió el papel de un heraldo al dar testimonio de la perfección del divino Rey mesiánico.

¿Cuál fue entonces el propósito de que Jesús fuera bautizado? La respuesta a esa pregunta ha sido tema de mucha especulación y conjeturas. Pero no tiene que serlo. Una comparación de los cuatro relatos del evangelio revela que Jesús llegó para ser bautizado por dos razones: primera, a fin de cumplir toda justicia, y segunda, como una certificación divina de su ministerio.

A FIN DE CUMPLIR TODA JUSTICIA

Según Mateo 3:15, Jesús respondió a Juan con estas palabras: “Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia”. Jesús no negó la evaluación

que Juan hiciera acerca de su inmaculada perfección. Al contrario, explicó que lo que parecía inapropiado en realidad era necesario en esta ocasión especial (“deja ahora”). El Señor entendió que la renuencia de Juan estaba motivada por una reverencia humilde y lealtad profunda. En consecuencia, no reprendió a Juan por su reticencia, sino más bien le pidió que se sometiera a Él, confiando en que lo que le estaba pidiendo estaba de acuerdo con el plan perfecto de Dios.

Jesús respondió a las objeciones de Juan explicando que le era necesario y adecuado bautizarse, para así cumplir con todos los justos requerimientos de Dios. Era la voluntad divina que Juan bautizara al pueblo (cp. Jn. 1:33). Puesto que Jesús se sometió perfectamente a la voluntad de Dios en todo, convenía que también recibiera el bautismo de Juan. La obediencia de Jesús era coherente y total, ya que vivía en armonía perfecta con la voluntad de su Padre celestial (cp. Jn. 5:30). Cristo cumplió a la perfección los requerimientos de Dios en todo aspecto, y se sometió al bautismo de Juan porque Dios había autorizado este bautismo.

Además, a través de su bautismo, Jesús se identificó con los pecadores que había venido a salvar. Cumplió toda justicia, no solo mediante su vida de obediencia perfecta, sino también por medio de su muerte substitutiva en la cruz, en la cual Dios “al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21). El justo requerimiento de la ley de Dios era muerte como pago por el pecado. La muerte de Cristo pagó por completo esa deuda (Col. 2:14). Siglos antes el profeta Isaías declaró que el Mesías sería “contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores” (Is. 53:12; cp. 1 P. 3:18). En el primer acto de su ministerio, Aquel que no tenía pecado se identificó públicamente con aquellos que no tenían justicia. El Cordero sin mancha se sometió a un bautismo diseñado para pecadores, un presagio del hecho de que pronto se sometería a la muerte merecida por los pecadores.

Simbólicamente, el bautismo de Jesús señaló hacia la cruz, así como el bautismo cristiano mira ahora atrás hacia ella. Así les dijo el Señor a sus discípulos en Lucas 12:50: “De un bautismo tengo que ser bautizado; y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!”. En otra ocasión les comentó a Jacobo y Juan: “No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?” (Mr. 10:38). Ser bajado al agua y luego ser levantado de nuevo simboliza la muerte y resurrección de Jesús, quien fue sumergido en el río de la muerte con el fin de llevar los pecados de quienes creerían en Él.

Por tanto, fue apropiado que Jesús fuera bautizado a fin de que pudiera cumplir toda justicia, como un acto de obediencia a la voluntad del Padre y como una manera de identificarse con los pecadores por quienes iba a morir como un sustituto justo.

COMO CERTIFICACIÓN DIVINA DE SU MINISTERIO

Y luego, cuando subía del agua, vio abrirse los cielos, y al Espíritu como paloma que descendía sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia. (1:10-11)

Marcos no incluye el diálogo que transmite Mateo que ocurrió entre Jesús y Juan. En cambio Marcos se enfoca en el acontecimiento espectacular que siguió **luego** del bautismo de Jesús: la coronación divina del Rey mesiánico. En consonancia con el acelerado estilo de su evangelio, Marcos emplea el adverbio *euthus* (que significa **luego** o “inmediatamente”) más que los otros tres escritores combinados del evangelio, usándolo once veces tan solo en el primer capítulo (1:3 [donde está traducido como “enderezad”], 10, 12, 18, 20, 21 “enseguida” [LBLA], 28 “muy pronto”, 29 “tan pronto como” [NVI], 30 “en seguida”, 42 “al instante”, 43).

Luego, cuando Jesús **subía del agua**, mientras oraba (Lc. 3:21), una escena solemne comenzó inmediatamente a desarrollarse. Este majestuoso acto trinitario podría describirse mejor como la comisión real del Mesías, un evento glorioso que abarcó la coronación oficial de Jesús y la inauguración divina de su ministerio público. La solemne ceremonia incluyó dos elementos: visiblemente, el Hijo fue ungido por el Espíritu Santo; audiblemente, fue afirmado por su Padre celestial. Charles Spurgeon, el famoso predicador británico del siglo XIX, resumió la importancia de este suceso con las siguientes palabras:

Trate de imaginarse la escena que describe nuestro texto... Cuando Jesús sube del agua, el Espíritu de Dios desciende sobre Él en forma visible (con la apariencia de una paloma) y reposa en Él. Juan afirma que el Espíritu “permaneció sobre [Jesús]”, como si estuviera allí para ser su compañero constante, y en realidad así fue. Al mismo tiempo que la paloma descendía e iluminaba a Cristo hubo una voz del cielo que decía: “Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia”. Esta era la voz de Dios el Padre, ¡quien no se reveló en forma corporal, sino que pronunció palabras maravillosas que los oídos mortales nunca antes habían escuchado. El Padre se reveló no a los ojos como hizo el Espíritu, sino a los oídos, y las palabras que pronunció claramente indicaban que era Dios el Padre quien daba testimonio de su Hijo amado. ¡De modo que la entrada de Cristo a su ministerio público en la tierra fue la oportunidad escogida para la manifestación pública de la unión íntima entre Dios el Padre, Dios el Hijo, y Dios el Espíritu Santo! (Charles Spurgeon, “Lecciones del bautismo de Cristo”, sermón 3298, 4 de marzo de 1866).

La coronación del Mesías fue inconfundiblemente trinitaria; sin embargo, estuvo abierta a la vista pública. Cuando Jesús alzó la vista, **vio abrirse los cielos**. Pero esta no fue una visión privada ofrecida solo a Él. Juan el Bautista, a quien se le supone entre muchos otros espectadores, proveyó testimonio presencial de la realidad de estos gloriosos acontecimientos (Jn. 1:32).

La descripción que Marcos hace del cielo abriéndose es impresionante. Su palabra para **abrirse** es una forma de *schizō* (“desgarrar, romper”), el mismo verbo que más adelante usó para describir la rotura del velo en el templo después de la muerte de Jesús (Mr. 15:38). La imagen es reminiscencia de Isaías 64:1, donde el profeta Isaías clama al Señor: “¡Oh, si rompieses los cielos, y descendieras, y a tu presencia se escurriesen los montes!”. La profecía de Isaías anticipa la llegada del Mesías. Llegaría el día en que el propio cielo se abriría y Dios descendería.

Dado el fascinante lenguaje de Marcos, podríamos esperar el desarrollo de una escena violenta, pero nada cayó a tierra atravesando las nubes. Al contrario, con gran belleza y dulzura, se vio **al Espíritu como paloma que descendía sobre él**. El tercer miembro de la Trinidad descendía con gracia para posarse sobre el Hijo, proveyendo un símbolo visible de bendición, certificación y fortalecimiento divinos en el comienzo del ministerio de Jesús. Es importante destacar que Marcos no dice que el **Espíritu sea una paloma**, ni debemos permitir que la imagen se lleve demasiado lejos (no sea que comencemos a imaginar al tercer miembro de la Trinidad como si existiera eternamente en la forma de un ave). Marcos quería mostrar que el **Espíritu** descendió sobre Cristo en forma visible con la misma delicada suavidad que una paloma se posa en su percha.

En su anticipación del Mesías, el Antiguo Testamento había prometido que “reposará sobre él el Espíritu de Jehová” (Is. 11:2). Esa promesa fue reiterada por Dios mismo: “He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu” (Is. 42:1). El nombre “Mesías” (o “Cristo”) era un título real que significaba “Ungido”. En el bautismo de Jesús, el Espíritu Santo lo ungido de modo visible como una declaración pública de su señorío mesiánico.

Jesús, por supuesto, era totalmente Dios. Aun en su encarnación no perdió su divinidad. En su deidad no necesitaba nada. Pero en su humanidad estaba siendo ungido para el servicio y fortalecido para ministrar por el Espíritu en una manera reminiscente de las palabras de Isaías 61:1:

El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungí Jehovah; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel.

En su encarnación, el Hijo de Dios puso a un lado voluntariamente el uso independiente de sus atributos divinos. Así lo explica el apóstol Pablo: “Siendo

en forma de Dios, [Él] no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres” (Fil. 2:6-7). El Hijo de Dios tomó forma humana, sometiéndose con humildad a la voluntad del Padre y al poder del Espíritu Santo (cp. Jn. 4:34). En cada punto importante del ministerio de Jesús, el Espíritu estaba obrando activamente: nacimiento (Lc. 1:35), bautismo (Mr. 1:10), tentación (Mr. 1:12), ministerio (Lc. 4:14), milagros (Mt. 12:28; Hch. 10:38), muerte (He. 9:14) y resurrección (Ro. 1:4). En cada momento y en todo sentido, Jesucristo estuvo siempre lleno con el Espíritu Santo. Él nunca resistió, afligió o contristó al Espíritu, sino que siempre actuó bajo el control total del Espíritu, andando en perfecta obediencia a la voluntad de su Padre.

La unción de Jesús con el Espíritu Santo fue única. El Espíritu se posó sobre Él a fin de fortalecerlo para el ministerio; el descenso del Espíritu también fue una señal visible para Juan el Bautista y todos los demás en la multitud vigilante de que Jesús era de verdad el Ungido cuya venida la habían predicho los profetas. Aquí estaba al fin el tan esperado Rey, el Hijo de Dios, Aquel a quien señalaba el ministerio de Juan.

El descenso visible del Espíritu Santo fue acompañado por la afirmación audible del Padre: **Y vino una voz de los cielos que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia** (1:11). Cada miembro de la Trinidad estuvo presente en el bautismo de Jesús. El Hijo en su humanidad física parado en medio del agua, el Espíritu que descendió de modo visible sobre Él, y el Padre que desde el cielo expresó de manera audible su aprobación. Por lo menos en otras dos ocasiones el Padre confirmaría de igual forma la persona y la obra de su Hijo: en la transfiguración (Mt. 17:5) y mientras Jesús predicaba a una multitud poco antes de su muerte (Jn. 12:28). El elogio superlativo del Padre en el bautismo de Jesús subrayó la gloriosa verdad de la perfección absoluta del Hijo.

Hubo muchos que dieron testimonio del ministerio de Cristo: ángeles, Juan el Bautista, sus seguidores. Pero el testimonio del Padre fue el más importante de todos (cp. Jn. 5:32; 8:18). ¿Y cuál fue el testimonio del Padre? **Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.** De ningún profeta se dijo jamás eso. Los profetas fueron llamados amigos de Dios (Stg. 2:23), siervos de Dios (Dt. 34:5), u hombres de Dios (1 S. 2:27); pero a ningún profeta se le llamó alguna vez Hijo de Dios. No obstante, en los relatos del evangelio, a Jesucristo se le llama el Hijo de Dios más de cincuenta veces. En esta ocasión el testimonio vino del Padre mismo. Sus palabras son reminiscencia del Salmo 2:7, un pasaje que los judíos consideraban como mesiánico: “Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy”.

La realidad de que Jesucristo es el Hijo de Dios, según el Padre declara aquí, es fundamental para el mensaje del evangelio. Pone de relieve la verdad de que Él es uno en esencia con Dios, poseyendo la misma naturaleza que el Padre.

Él es Dios y “con Dios” (Jn. 1:1). Él es “el resplandor de su gloria [de Dios], y la imagen misma de su sustancia” (He. 1:3), “la imagen de Dios” (2 Co. 4:4), y Aquel en quien “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9). Debido a su deidad, Él es superior a los ángeles que lo adoran (He. 1:6-8). Incluso el título de Dios el Padre es una referencia a su relación esencial con Jesucristo, el Hijo (Mt. 11:27; Jn. 5:17-18; 10:29-33; 14:6-11; 17:1-5; Ro. 15:6; 2 Co. 1:3; Ef. 1:3, 17; Fil. 2:9-11; 1 P. 1:3; 2 Jn. 3). Cuando Jesús llamó “Padre” a Dios resaltó el hecho de que tenía la misma esencia y naturaleza del Padre. Según explica Juan 5:18, hasta los enemigos de Jesús estaban conscientes de que Él “decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios”.

No solo el Hijo es igual a Dios en esencia, sino que también es **amado** por Dios. Desde la perspectiva del Padre, Él es **mi Hijo**, el único que tiene ese privilegio eterno. Únicamente Jesús es el objeto del afecto más alto del Padre (cp. Jn. 5:20), en manera que no lo comparte con ningún otro como Él. **Amado** (*agapētos*) expresa la relación profunda y eterna que el Padre disfruta con el Hijo. Aunque la misma palabra se usa para el amor del Padre por los creyentes (Ro. 1:7), el Padre ama a su Hijo de forma suprema sobre todos los demás. Es solo porque los creyentes están en el Hijo que tienen el privilegio de recibir completamente el amor del Padre (cp. Jn. 17:24-26; Ef. 1:6).

Después de haber “amado [al Hijo] desde antes de la fundación del mundo” (Jn. 17:24), el Padre tiene eterna y total **complacencia** en Él (cp. Is. 42:1). Jesucristo estaba complaciendo a su Padre en todo lo que hacía. En su encarnación, el Hijo se sometió perfectamente a la voluntad del Padre, y en su muerte satisfizo por completo la ira del Padre. El Hijo se ofrecería como el sacrificio definitivo por los pecadores, y el Padre estaba encantado de recibir tal sacrificio (Is. 53:10). En el Israel del Antiguo Testamento un sacrificio aceptable a Dios debía ser sin defecto y sin mancha (cp. Éx. 12:5; Lv. 1:3; Dt. 17:1). Solo el perfecto Cordero de Dios podía alguna vez satisfacer esos requisitos.

En la historia de Israel ningún sacrificio animal jamás había agrado definitivamente a Dios o satisfecho por completo su ira. Eso es así porque, como explica el autor de Hebreos, “la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados” (He. 10:4; cp. 9:12). Tales sacrificios solo apuntaban hacia la cruz, donde el Mesías mismo sería inmolado como el sustituto perfecto por los pecadores. Por eso el apóstol Pedro pudo decir a los creyentes a quienes escribió: “Fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 P. 1:18-19). En la cruz, la justicia de Dios fue totalmente satisfecha por el sacrificio puro de su Hijo. De ahí que el Padre tuviera **complacencia** con el Hijo, tanto en su vida como en su muerte.

Ningún testimonio superior sobre la perfección de Jesucristo pudo haberse

ofrecido jamás. La certificación definitiva del Hijo vino de la afirmación verbal del Padre acompañada por la manifestación visible del Espíritu. Esa realidad constituye la inauguración divina del nuevo Rey: el inmaculado y amado Hijo de Dios que fue ungido y fortalecido por el Espíritu Santo para salvar a pecadores y establecer el reino de Dios. Esta es la coronación del Mesías, una ceremonia en la cual participó toda la Trinidad.

Más adelante en el ministerio de Jesús, cuando los dirigentes religiosos le preguntaron: “¿Con qué autoridad haces estas cosas, y quién te dio autoridad para hacer estas cosas?” (Mr. 11:28), Jesús respondió señalándoles hacia el bautismo que recibiría:

Os haré yo también una pregunta; respondedme, y os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿era del cielo, o de los hombres? Respondedme. Entonces ellos discutían entre sí, diciendo: Si decimos, del cielo, dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis? ¿Y si decimos, de los hombres...? Pero temían al pueblo, pues todos tenían a Juan como un verdadero profeta. Así que, respondiendo, dijeron a Jesús: No sabemos. Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas (vv. 29-33).

Puesto que los líderes religiosos no estaban dispuestos a reconocer la legitimidad del ministerio de bautizar de Juan (y por extensión el propio bautismo de Jesús) el Señor no tenía nada más que decirles. Si no ellos no reconocían su coronación, el debate había terminado incluso antes de que comenzara. En esencia, Jesús les estaba diciendo: “Si ustedes se niegan a admitir que Juan era un profeta de Dios, entonces no reconocerán la realidad de lo que ocurrió en mi bautismo, donde el Espíritu me ungí y el Padre me afirmó. Y si ustedes rechazan eso, entonces no hay nada más que yo pueda añadir para convencerlos acerca de la fuente de mi autoridad”. Así de fundamental fue el bautismo de Jesús. Fue su coronación y el inicio divino de su ministerio público.